

Miguel León-Portilla

“Los pueblos de la altiplanicie central”

p. 79-127

Historia documental de México 1

Miguel León-Portilla (edición)

Cuarta edición corregida y aumentada

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2013

788 p.

Ilustraciones

(Documental, 4)

ISBN Obra completa: 978-607-02-4344-8

ISBN Volumen 1: 978-607-02-4345-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol01.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

Los pueblos de la altiplanicie central

Miguel León-Portilla

Introducción

En lo que hoy es la nación mexicana vivieron pueblos que, por lo menos desde tres milenios antes de nuestra era, poseyeron agricultura y después cerámica; que, quinientos años antes de la misma era, habían creado una arquitectura y eran maestros en varias de las artes plásticas; y que, finalmente, desde el siglo IV a. C., empezaron a desarrollar varias formas de escritura, como lo atestiguan sus inscripciones en piedra halladas en las costas del Golfo y en el recinto de Monte Albán, en Oaxaca.

La semilla de esos núcleos de cultura superior se difundió después por las zonas central y meridional de lo que ahora es México. Las culturas de Teotihuacan y de Tula en el altiplano central, el esplendor clásico de los mayas, de los zapotecos y mixtecos en el sur, y por fin, pocos siglos antes de la conquista, el desarrollo y poderío de los aztecas, que asimilaron un legado cultural milenario, constituyen los momentos culminantes del pasado prehispánico de esta parte del Nuevo Mundo.

Varios de esos grupos indígenas poseyeron escritura, una cronología en extremo precisa basada en un calendario un diezmilésimo más cercano del año astronómico que el actual calendario gregoriano y también anales históricos en los que se conservaba el recuerdo de su pasado. Precisamente por haber existido en el México precolombino instituciones de cultura superior, entre ellas la historia, su estudio ofrece una oportunidad excepcional para el filósofo y el historiador de la cultura, los cuales tienen así la posibilidad de contemplar al hombre en un ambiente distinto al del Viejo Mundo, aislado e independiente, resolviendo a su modo los problemas que se oponían a su empeño de dominar la naturaleza y crear toda una civilización autónoma.

Quienes se ocupan de la historia de México pueden descubrir en el pasado precolombino una de las raíces fundamentales de la nación actual, cuya fisonomía cultural y étnica es consecuencia del choque entre la cultura occidental del Viejo Mundo y las formas de vida indígena. En consecuencia, el estudio del legado documental prehispánico es indispensable para comprender el proceso formativo del México moderno, que no es ya ni indígena ni español. A este mestizaje, no sólo étnico, sino también cultural, debe tal vez México su fisonomía propia, la cual, a partir sobre todo de la Revolución mexicana, ha fijado sus rasgos, hasta hacerse inconfundible.

Origen de los textos históricos indígenas

Entre las más importantes creaciones de la cultura intelectual precolombina, se encuentran numerosos textos de contenido histórico. Así como los arqueólogos han descubierto durante las últimas décadas incontables piezas de arte prehispánico, algunas de ellas con inscripciones, así los lingüistas y filólogos han hallado en archivos y bibliotecas, principalmente de México, los Estados Unidos y Europa, gran número de textos en idioma indígena. Para explicar el origen de esos textos, escritos principalmente en náhuatl y en maya, es necesario recordar dos hechos fundamentales: la existencia, en las culturas superiores del México antiguo, de ciertas formas de escritura y de un sistema educativo muy bien organizado.

Tres fueron las formas de escritura de que se sirvieron los pueblos prehispánicos. La más antigua fue la de tipo pictográfico, o sea la simple representación o dibujo de las cosas. Pero, al igual que en otras culturas, los antiguos pobladores de México se sirvieron también de glifos ideográficos, o sea de signos para representar ideas. Estos glifos les sirvieron para representar los números, de acuerdo con su sistema vigesimal. Por medio de ellos hacían anotaciones para indicar las fechas en función de su calendario. Representaban también ideas abstractas y aun metafísicas, como el concepto de Dios, o los de movimiento, vida, etcétera. Finalmente, se llegó a la tercera forma: la escritura fonética, o sea representativa de sonidos. Los glifos fonéticos de los antiguos mexicanos fueron unas veces silábicos y otras alfabéticos. No siendo posible describir aquí todos estos

glifos, mencionamos en nota algunos de los trabajos más recientes sobre el asunto.

Los escribas prehispánicos, por medio de esas formas de escritura, pudieron consignar en sus antiguos códices, pintados en papel hecho de la corteza del amate, algo así como el esquema y los elementos fundamentales de su mitología, su calendario, sus ideas religiosas, la historia de sus peregrinaciones, la memoria de su vida social y política, la sucesión de sus gobernantes, y sus guerras, sus triunfos y derrotas.

Si se recuerda luego cómo eran empleados esos códices en los centros prehispánicos de educación, se podrá entender la forma en que, con la ayuda de los libros de pinturas, fueron apareciendo los textos propiamente literarios e históricos. Se sabe, por el testimonio directo de conquistadores y cronistas misioneros, que en los centros indígenas de educación los sacerdotes y maestros explicaban las pinturas de los códices, haciendo que los estudiantes fijaran literalmente en la memoria sus comentarios. Surgió así una forma de tradición sistemática, apoyada en el testimonio de los códices, que se transmitía fielmente de generación en generación.

Al sobrevenir la conquista española ocurrió, respecto de esos textos memorizados, un doble fenómeno. Por una parte, algunos indígenas, que habían estudiado en los centros prehispánicos de educación y que posteriormente aprendieron el alfabeto latino, se interesaron personalmente en conseguir por escrito, en su propio idioma indígena, muchas de las tradiciones e historias aprendidas en sus días de estudiantes. Por otra parte, se recogieron también por escrito no pocos de esos textos tradicionales de origen prehispánico, gracias al empeño de algunos misioneros, entre los cuales sobresale fray Bernardino de Sahagún.

Sahagún y otros religiosos, como fray Andrés de Olmos, recogieron así centenares de folios con textos y testimonios acerca de las instituciones culturales del mundo prehispánico. Esos textos, conservados hoy en bibliotecas y museos, compensan la destrucción de la mayor parte de los có-

Véase Charles E. Dibble, “El antiguo sistema de escritura en México”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, t. IV, 1940, p. 105 y sigs. Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961. (Véase especialmente el capítulo II: “Tradición y anales del México Antiguo”, p. 48-55.)

lices o libros prehispánicos de pinturas. Mencionemos sobre todo los *Anales de la Nación Mexicana*, manuscrito en lengua náhuatl guardado en la Biblioteca Nacional de París; los *Anales de Cuauhtitlán*, con noticias que abarcan desde los tiempos toltecas hasta la llegada de los españoles, en la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología de México; los textos de los informantes indígenas de Sahagún (códices *Matritense* y *Florentino*) en las bibliotecas del Palacio Nacional y de la Real Academia de la Historia (Madrid) y en la Biblioteca Laurenziana de Florencia. Imposible sería dar aquí una lista de todos los documentos en que se conservan textos religiosos, históricos y literarios del México antiguo. Lo que sí puede afirmarse es que, aplicando un riguroso sentido crítico, se llega a la conclusión de que el legado documental prehispánico es en extremo rico. Del acervo de documentos localizados, no se ha publicado hasta el presente arriba de un diez por ciento. Sin embargo, los textos conocidos permiten ya seguir la historia política y cultural del México antiguo.

La secuencia cultural del México prehispánico

Gracias a los documentos históricos indígenas, a los hallazgos de la arqueología y a la aplicación de técnicas como la del carbono 14, ha sido posible establecer una cronología en la evolución cultural del México prehispánico. Los documentos que a continuación se ofrecen irán distribuidos en función de esa cronología. Para hacerlos más comprensibles recordaremos aquí, en líneas generales, cuáles fueron las grandes etapas u “horizontes culturales” del mundo precolombino.

Dejando al estudioso de la prehistoria el problema del origen del hombre en América y en México, el historiador habla primeramente de una etapa arcaica, formativa o preclásica, en la cual existieron una agricultura y diversas formas de cerámica. Ese primer “horizonte”, o “etapa preclásica”, abarca aproximadamente desde 1500 a. C. hasta los primeros tiempos de la era cristiana. En la última parte de este periodo, o sea durante los últimos 500 años antes de nuestra era, aparecen las primeras inscripciones en piedra y los más antiguos monumentos arquitectónicos, por ejemplo el templo de Cuicuilco, al sur de la ciudad de México, edificado con anterior-

ridad a la erupción del Xitle, que convirtió a esa región en el campo de lava que hoy día se conoce como Pedregal de San Ángel.

Al parecer, el primer florecimiento de una cultura con inscripciones y arquitectura se debió a la influencia de los misteriosos olmecas, habitantes de la “región del hule”, en las costas del Golfo. Un antiguo texto en idioma náhuatl, el primero de los que aquí incluimos, habla precisamente de la aparición por las costas del Golfo de un grupo de hombres poseedores de escritura y de gran sabiduría, los cuales, más tarde, difundirían su saber por otras regiones del México antiguo.

A principios de la era cristiana se inicia un nuevo “horizonte” o periodo cultural, designado como “clásico”. Su centro de irradiación fue la gran Ciudad de los Dioses, Teotihuacan, famosa por sus pirámides, sus palacios, sus esculturas y sus pinturas murales, y dotada de una organización social, religiosa y política que debió de ser admirable. Con justicia se considera a este horizonte como clásico, ya que parece ser la raíz más honda de lo que después se llamó la *Toltecáyotl*, o sea, el conjunto de las artes e ideales de los toltecas. Acerca de este horizonte hay también un texto de los informantes indígenas de Sahagún, gracias al cual vemos la imagen histórica que ellos tuvieron de Teotihuacan.

Al decaer ese primer gran foco de alta cultura, hacia el siglo VII u VIII d.C., surgió un segundo brote cultural de considerable importancia en Tula. Situados ya en pleno horizonte histórico, y disponiendo de los numerosos datos que brindan los anales indígenas, es natural que podamos confrontar con mayor detalle los datos de las fuentes indígenas con las aportaciones de la arqueología. Según los documentos prehispánicos, la grandeza de Tula se debió al héroe cultural Quetzalcóatl. Sobre él y sobre sus creaciones hay numerosas referencias en los textos que incluiremos acerca de esta etapa cultural.

Hacia el siglo XI d.C., los moradores de Tula, impelidos por hordas de indígenas bárbaros, “chichimecas”, venidos del norte, tuvieron que abandonar su ciudad. Algunos de los toltecas marcharon hacia Centroamérica y Yucatán. Otros se quedaron en Cholula, la gran ciudad sagrada de Quetzalcóatl. Finalmente algunos permanecieron en las orillas de los lagos del valle de México y se fueron mezclando con los habitantes de algunas de las

poblaciones existentes. Resurgieron así como nuevos centros de cultura las antiguas ciudades de Culhuacán y Azcapotzalco. Una y otra tuvieron periodos de hegemonía en el valle. Coatlinchan, Texcoco y otras ciudades más comenzaron también a existir con carácter de pueblos mestizos, tolteca-chichimecas.

Finalmente, a mediados del siglo XIII, aparecen en el valle varios otros grupos venidos del norte, de las célebres siete cuevas, o sea de Chicomóztoc. Algunos, atravesando las sierras, fueron a situarse más allá de los volcanes, dando origen a los señoríos tlaxcaltecas. El último grupo nómada fue el de los aztecas o mexicas, emparentados por su lengua con los moradores del valle, pero muy distintos de ellos por la fuerza indomeñable de voluntad que los caracterizaba. Después de incontables sufrimientos, los aztecas lograron establecerse en un islote del lago. Como tributarios de Azcapotzalco, fundaron allí en 1325 la ciudad de México-Tenochtitlan. En menos de un siglo, habiendo logrado su independendencia hacia 1428, iniciaron un último periodo que puede llamarse místico-guerrero. Se enseñorearon del valle y de sus contornos y extendieron al fin sus conquistas hacia el Golfo de México, hasta el Océano Pacífico y hasta apartadas regiones de Oaxaca y Chiapas.

Numerosos textos hablan acerca de esta última etapa. Hay documentación abundante para estudiar la peregrinación de los aztecas, la fundación de su ciudad, su victoria sobre Azcapotzalco y sobre los otros pueblos que después conquistaron.

Asimismo, los documentos indígenas permiten conocer las principales instituciones culturales del mundo prehispánico. Entre esas instituciones ocupó lugar primordial la religión, presente en todos los aspectos de la vida indígena. Los textos hablan de las diversas formas de culto, de los varios dioses y de la divinidad suprema, de la organización sacerdotal, de las fiestas religiosas y sus ritos, así como de las invocaciones e himnos sagrados.

El funcionamiento de las escuelas, los *calmécac* y los *telpochcalli*, está descrito en los antiguos manuscritos del mundo náhuatl. Al tratar de la educación, algunos textos, como los recogidos por fray Bernardino de Sahagún, se refieren también a los ideales de los antiguos mexicanos en el campo del arte y de lo que puede llamarse su filosofía y visión del mundo. Unas veces son los poemas y cantares, y otras los discursos didácticos los

que contienen la imagen ideal y el pensamiento de las diversas clases de sabios y artistas. Con frecuencia se pretende aclarar cuál es su misión y cómo han de alcanzarla, contraponiéndose la figura del artista y del sabio verdadero con la de quienes por su torpeza o maldad merecen el nombre de falsos maestros.

Existen también textos indígenas sobre la organización social y política, la economía y el comercio. Gracias a ellos, es posible formarse una imagen de la vida cotidiana y del dinamismo expansionista del grupo azteca. Por medio de sus pochtecas o comerciantes, los aztecas hicieron sentir su influencia en apartadas regiones, y la consolidaron muchas veces por medio de conquistas.

En resumen, el legado documental del mundo náhuatl cubre en realidad los más importantes aspectos de la evolución cultural de los antiguos pueblos de la región central de México. Y debe subrayarse que en no pocas de sus instituciones culturales es posible encontrar antecedentes de formas y estructuras contemporáneas. Tal sería el caso, para dar sólo un ejemplo, de la distribución de la tierra, poseída unas veces en forma comunal y otras a título de propiedad personal.

A continuación se ofrece una especie de antología de textos traducidos del náhuatl que permiten formarse una idea de la evolución cultural del México antiguo y, lo que es aún más importante, de lo que fue la propia visión indígena de la historia, entendida ésta en su sentido más verdadero, como conciencia de un pueblo creador de una forma de vida y unas instituciones culturales propias.

Bibliografía

- Anales de Cuauhtitlán*, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los soles*, edición fototípica y traducción del licenciado Primo F. Velázquez, México, Imprenta Universitaria, 1945.
- Caso, Alfonso, *El Pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953 y 1962.
- Codex borbonicus: le manuscrit mexicain de la Bibliothèque du Palais Bourbon*, edición facsimilar con un comentario explicativo de E. T. Hamy, París, E. Leroux, 1899.
- Codex Borgia: il manoscritto messicano borgiano del Museo Etnográfico della Sacra Congregazione di Propaganda Fide. Riprodotto in fotocromografia a spese di S. E. il duca di Loubat a cura della Biblioteca Vaticana*, Roma, 1898.
- Codex Mendoza. The Mexican Manuscript Known as the Collection Mendoza Preserved in the Bodleian Library, Oxford*, edición y traducción de James Cooper Clarck, Londres, Waterlow and Sons, 1938. Contiene láminas que incluyen un retrato y el facsímil del manuscrito.
- Códice fl* en Bernardino de Sahagún, *General History of the Things of New Spain: Florentine Codex*, 13 v., edición de Charles Dibble y J. O. Anderson, Santa Fe (Nuevo México), 1950-1982, lib. VI.
- Códice matritense del Real Palacio* (Textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), edición facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1906, v. VI (2a. parte) y VII.
- Códice matritense de la Real Academia de la Historia* (Textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), edición facsimilar de Fran-

cisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1907, v. VIII.

Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, Diego Francisco Domingo de San Antón Muñón, *Annales de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Quauhtlehuanitzin: sixième et septième relations (1358-1612)*, edición y traducción de Rémi Siméon, París, Maisonneuve et Ch. Leclerc, Publiées et traduites par Rémi Siméon, 1889.

Durán, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*, 2 v. y atlas, publicado por José F. Ramírez, México, 1867-1880.

Fernández, Justino, *Coatlicue, estética del arte indígena antiguo*, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1959.

Garibay K., Ángel María, *Poesía indígena de la altiplanicie*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1940 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 11) (segunda edición: 1952).

“Huehuetlatolli. Documento A”, *Tlalocan*, v. I (1943), p. 31-53 y 81-107.

Épica náhuatl, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1945 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 51).

Historia de la literatura náhuatl, 2 v., México, Porrúa, 1953-1954.

(traducción), “Fray Bernardino de Sahagún, Relación breve de las fiestas de los dioses”, *Tlalocan*, v. II (1948), p. 289-320.

León-Portilla, Miguel, *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, Seminario de Cultura Náhuatl, 1958 (Fuentes Indígenas de la Cultura Náhuatl. Textos de los Informantes de Sahagún 1).

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes, 2a. edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

Siete ensayos sobre cultura náhuatl, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958 (Filosofía y Letras, 31).

Motolinía, fray Toribio, *Memoriales*, manuscrito de la Colección del señor Joaquín García Icazbalceta, publícalo por primera vez su hijo Luis García Pimentel, Méjico/París, Casa del Editor/A. Donnamente, 1903.

———, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1941.

Olmos, fray Andrés de, *Ms. en náhuatl* (Huehuetlatolli), original en la Biblioteca del Congreso de Washington, D. C., Estados Unidos de América.

Peñañiel, Antonio, *Cantares Mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, copia fotográfica, México, 1904.

Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición Bustamante, 3 v., México, 1829. [Edición Robredo, 5 v., México, 1938. Edición Acosta Saignes, 3 v., México, 1946. Edición Porrúa, preparada por el doctor Garibay, 4 v., México, 1956.]

Seler, Eduardo, *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*, 5 v., Berlín, Ascher und Co./Behrend und Co., 1902-1923.

Tezozómoc, F. Alvarado, *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León, México, Imprenta Universitaria, 1949.

Toscano, Salvador, *Arte precolombino de México y de la América Central*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1952.



[1]	Llegada de los antiguos pobladores, portadores de cultura superior	93
[2]	La fundación de Teotihuacan	95
[3]	Los toltecas de Tula	97
[4]	Quetzalcóatl, héroe cultural de los toltecas	98
[5]	Los pueblos nómadas “chichimecas del norte”	100
[6]	Origen de las nuevas ciudades-estados	101
[7]	Peregrinación y llegada de los aztecas	102
[8]	Los aztecas en México-Tenochtitlan	104
[9]	La lucha por la independencia de los aztecas	105
[10]	Victoria sobre los tepanecas	105
[11]	Los principios del esplendor azteca	106
[12]	Las conquistas del Pueblo del Sol: el <i>tlacatécatl</i>	108
[13]	Tloque Nahuaque: dos formas de pensamiento y religión entre los aztecas	109
[14]	La religión del Pueblo del Sol	111
[15]	La educación en el México antiguo	113
[16]	El arte en el mundo náhuatl	116
[17]	El interés náhuatl por la historia y por el arte de medir el tiempo	119
[18]	Organización sociopolítica	120
[19]	Leyes y ordenanzas de México-Tenochtitlan	123



[1] Llegada de los antiguos pobladores, portadores de cultura superior

Como ya se dijo, desde unos 1500 años a. C. vivían en la región central de México grupos de agricultores que conocían también el arte de la cerámica. Pero fue probablemente a mediados del primer milenio a. C. cuando hicieron su aparición, procedentes de las costas del Golfo, otros pueblos portadores de formas de cultura superior. Los misteriosos inmigrantes, según el texto que a continuación transcribimos, tomado del *Códice matritense*, llegaron a un lugar llamado Tamoanchan.

La arqueología no ha podido identificar este sitio. El hecho es que, según esta antigua tradición náhuatl, Tamoanchan fue el lugar donde floreció por vez primera una gran cultura, heredada después por otros varios pueblos. He aquí el antiguo texto que habla de los más remotos orígenes culturales del México antiguo.

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia* (Textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), edición facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1907, v. VIII, f. 191r-v.

He aquí el relato
que solían decir los viejos:
“En un cierto tiempo
que ya nadie puede contar,
del que ya nadie ahora puede acordarse
[...]
quienes aquí vinieron a sembrar
a los abuelos, a las abuelas,
éstos, se dice,
llegaron, vinieron,
siguieron el camino,
vinieron a terminarlo
para gobernar aquí en esta tierra,
que con un solo nombre era mencionada,

como si se hubiera hecho esto un mundo pequeño.
Por el agua en sus barcas vinieron,
en muchos grupos,
y allí arribaron a la orilla del agua,
a la costa del norte,
y allí donde fueron quedando sus barcas,
se llama Panutla,
quiere decir, por donde se pasa encima del agua,
ahora se dice Panutla [Pánuco].
En seguida siguieron la orilla del agua,
iban buscando los montes,
algunos los montes blancos
y los montes que humean,
llegaron a Quauhtemalla [Guatemala],
siguiendo la orilla del agua.

Además no iban
por su propio gusto,
sino que sus sacerdotes los guiaban,
y les iba mostrando el camino su dios.
Después viniéron,
allá llegaron,
al lugar que se llama Tamoanchan,
que quiere decir “nosotros buscamos nuestra casa”.

Y en el lugar llamado Tamoanchan
largo tiempo hubo señorío:
después pasó el señorío
al lugar llamado Xomiltepec
y allí en Xomiltepec
se convocaron los señores,
los ancianos, los sacerdotes.
Dijeron:
—El Dueño del cerca y del junto nos ha llamado,
ha llamado a cada uno de los que lo tienen por dios.

Dijeron:

—Porque no viviremos aquí,
no permaneceremos aquí,
vamos a buscar una tierra.
Allá vamos a conocer
al que es Noche y Viento,
al Dueño del cerca y del junto. ♦

2] La fundación de Teotihuacan

Fue probablemente la fusión de los antiguos grupos de agricultores y ceramistas con los recién llegados portadores de cultura, procedentes de las costas del Golfo, lo que hizo posible la aparición de la cultura clásica de Teotihuacan, la Ciudad de los Dioses.

De acuerdo con la arqueología, los teotihuacanos alcanzaron su mayor esplendor durante los siglos IV a VIII d. C. El siguiente texto, procedente también del *Códice matritense*, habla de los principios de Teotihuacan, de la erección de las pirámides y aun de algunos de los ritos religiosos y funerarios de esta etapa cultural.

Fuente: *Ibidem*, f. 195r.

En seguida se pusieron en movimiento,
todos se pusieron en movimiento:
los niñitos, los viejos,
las mujercitas, las ancianas.
Muy lentamente, muy despacio se fueron,
allí vinieron a reunirse en Teotihuacan.
Allí se dieron las órdenes,
allí se estableció el señorío.
Los que se hicieron señores
fueron los sabios,
los concedores de las cosas ocultas,
los poseedores de la tradición.
Luego se establecieron allí los principados [...]

Y toda la gente hizo [allí] adoratorios [pirámides],
al Sol y a la Luna,
después hicieron muchos adoratorios menores.
Allí hacían su culto
y allí se establecían los sumos sacerdotes
de toda la gente.
Así se decía Teotihuacan,
porque cuando morían los señores,
allí los enterraban.
Luego encima de ellos construían pirámides,
que aún ahora están.
Una pirámide es como un pequeño cerro,
sólo que hecho a mano.
Por allí hay agujeros,
de donde sacaron las piedras,
con que hicieron las pirámides,
y así las hicieron muy grandes,
la del Sol y la de la Luna.
Son como cerros
y no es increíble
que se diga que fueron hechas a mano,
porque todavía entonces
en muchos lugares había gigantes [...].

Y lo llamaron Teotihuacan,
porque era el lugar
donde se enterraban los señores.
Pues según decían: “Cuando morimos,
no en verdad morimos,
porque vivimos, resucitamos,
seguimos viviendo, despertamos.
Esto nos hace felices”.

Así se dirigían al muerto,
cuando moría.

Si era hombre, le hablaban,
lo invocaban como ser divino,
con el nombre de faisán,
si era mujer con el nombre de lechuza,
les decían:

“Despierta, ya el cielo se enrojece,
ya se presentó la aurora,
ya cantan los faisanes color de llama,
las golondrinas color de fuego,
ya vuelan las mariposas”.

Por esto decían los viejos,
quien ha muerto, se ha vuelto un dios.

Decían: “se hizo allí dios,
quiere decir que murió”. ♦

3] Los toltecas de Tula

A pesar de la extraordinaria organización social y política que supone el esplendor teotihuacano, hacia mediados del siglo VIII d. C. sobrevino su misteriosa y hasta ahora no explicada ruina.

Hacia el siglo IX d. C. iba a surgir un segundo brote cultural de importancia en Tula, la capital de los toltecas, situada a unos 70 kilómetros al norte de la actual ciudad de México.

Los toltecas, el pueblo de Quetzalcóatl, llegados del norte e influidos sin duda por la cultura teotihuacana, fueron grandes artífices, constructores de palacios, pintores y escultores.

Para los otros nahuas que habrían de florecer más tarde, “tolteca” llegó a ser sinónimo de artista y de creador de cultura.

El siguiente texto, tomado del *Códice matritense*, ofrece una visión de conjunto de lo que fueron los toltecas de Tula.

Fuente: *Ibidem*, f. 173r.

Muchas casas había en Tula,
allí enterraron muchas cosas los toltecas.
Pero no sólo esto se ve allí,

como huella de los toltecas,
también sus pirámides, sus montículos,
allí donde se dice Tula-Xicocotitlan.
Por todas partes están a la vista,
por todas partes se ven restos de vasijas de barro,
de sus tazones, de sus figuras,
de sus muñecos, de sus figurillas,
de sus brazaletes,
por todas partes están sus vestigios,
en verdad allí estuvieron viviendo juntos los toltecas.

Los toltecas eran gente experimentada,
se dice que eran artistas de las plumas,
del arte de pegarlas.
De antiguo lo guardaban,
era en verdad invención de ellos,
el arte de los mosaicos de plumas.
Por eso de antiguo se les encomendaban
los escudos, las insignias,
las que se decían *apanecáyotl*.
Esto era su herencia,
gracias a la cual se otorgaban las insignias.
Las hacían maravillosas,
pegaban las plumas,
los artistas sabían colocarlas,
en verdad ponían en ellas su corazón endiosado.
Lo que hacían era maravilloso, precioso,
digno de aprecio. ♦

[4] Quetzalcóatl, héroe cultural de los toltecas

Figura central en el mundo tolteca, fue el gran sacerdote Quetzalcóatl. Tomando probablemente su nombre del dios Quetzalcóatl, símbolo de la sabiduría de la divinidad suprema, el sacerdote aparece en los textos como maestro de todas

las artes, creador de una doctrina espiritualista y guía de su pueblo.

Varias fuentes indígenas hablan de la vida de Quetzalcóatl, de su vida de meditación y abstinencia, de sus creaciones culturales y finalmente, también, de su huida, acosado por los hechiceros, empeñados en introducir los sacrificios humanos y en dar un sesgo distinto a su concepción religiosa. A continuación se transcriben dos textos indígenas acerca del gran sacerdote, el primero tomado de los *Anales de Cuauhtitlán* y el segundo del *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*.

Fuente: *Anales de Cuauhtitlán, en Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los soles*, edición fototípica y traducción del licenciado Primo F. Velázquez, México, Imprenta Universitaria, 1945, f. 4.

Invocaba Quetzalcóatl, hacía su dios a alguien
[que está] en el interior del cielo,
a la del faldellín de estrellas, al que hace lucir las cosas;
Señora de nuestra carne, Señor de nuestra carne;
la que está vestida de negro, el que está vestido de rojo;
la que ofrece suelo [o sostiene en pie] a la tierra,
el que la cubre de algodón.
Y hacia allá dirigía sus voces,
así se sabía,
hacia el Lugar de la Dualidad [*Omeyocan*],
el de los nueve travesaños,
con que consiste el Cielo. ♦

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, f. 180r.

Y en tal forma creían [los toltecas]
en su sacerdote Quetzalcóatl
y de tal manera eran obedientes,
y dados a las cosas de dios
y muy temerosos de dios,

que todos lo obedecieron,
todos creyeron a Quetzalcóatl,
cuando abandonó a Tula.

[...]

Y tanto confiaban en Quetzalcóatl,
que se fueron con él, le confiaron
sus mujeres, sus hijos, sus enfermos.
Se pusieron en pie, se pusieron en movimiento,
los ancianos, las ancianas,
nadie dejó de obedecer,
todos se pusieron en movimiento.

En seguida se fue hacia el interior del mar,
hacia la tierra del color rojo,
allí fue a desaparecer,
él, nuestro príncipe Quetzalcóatl. ♦

[5] Los pueblos nómadas "chichimecas del norte"

En abierto contraste con las formas de cultura alcanzadas por los teotihuacanos y los toltecas de Tula, aparecen los pueblos nómadas, los chichimecas, procedentes de las llanuras del norte. Entre estos grupos deben mencionarse las gentes del gran jefe Xólotl.

Chichimecas fueron también las célebres siete tribus, venidas del mítico Chicomóztoc. Los aztecas, la última de esas tribus, habría de llegar al valle de México a mediados del siglo XIII. Gracias a la influencia tolteca que sobrevivió en ciudades como Culhuacan, Azcapotzalco y otras, los chichimecas habrían de cambiar su forma de vida y crear nuevos estados. Los *Anales de Cuauhtitlán* ofrecen vívida imagen de lo que eran los chichimecas en los tiempos de su vida errante por las llanuras del norte.

Fuente: *Anales de Cuauhtitlán*, f. 1.

Los chichimecas llevaban vida de cazadores,
no tenían casas, no tenían tierras,
su vestido no eran capas de algodón,
sólo pieles de animal, sólo capas hechas de heno.

En redecillas y huacales
criaban a sus hijos.
Comían tunas grandes,
biznagas, raíces silvestres.

Mucho se afanaron durante 364 años,
hasta que empezó al fin
el señorío chichimeca en Cuauhtitlan. ♦

6] Origen de las nuevas ciudades-estados

Al irse estableciendo los grupos chichimecas en las orillas de los lagos del valle de México, fueron surgiendo nuevas ciudades-estados. Todas ellas recibieron en diversos grados la influencia cultural de los toltecas. Nacen así ciudades como Texcoco, Coatlinchan y otras. Las antiguas poblaciones, creadas a veces desde los tiempos arcaicos y teotihuacanos, como Azcapotzalco, Culhuacan, Chalco, recibieron también nueva vida.

El *Códice matritense* habla acerca de quienes fundaron las nuevas ciudades y afirma de ellos que eran chichimecas y al mismo tiempo toltecas, expresando así la fusión cultural y aun étnica que tuvo lugar probablemente desde mediados del siglo XI d. C.

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, f. 180r-v.

Nahuas: éstos hablan el idioma náhuatl,
con poca diferencia hablan mexicano [...].

Éstos, según se dice,
se nombraban a sí mismos chichimecas,
se llamaban “los dueños de las casas”,
quiere decir, que eran toltecas.
Dizque a éstos,
los toltecas, los fueron dispersando,
cuando se marcharon,
cuando nuestro príncipe Quetzalcóatl
se embarcó en el mar,
para ir a colocarse
en la tierra del color rojo,
en el lugar de la cremación.
Entonces adquirieron vigor
los señoríos, los principados, los reinos.
Y los príncipes, señores y jefes
gobernaron, establecieron ciudades.
Hicieron crecer, extendieron,
aumentaron sus ciudades.
[...]
Se estableció el canto,
se fijaron los tambores,
se dice que así
princiaban las ciudades:
existía en ellas la música. ♦

[7] Peregrinación y llegada de los aztecas

A mediados del siglo XIII hizo su aparición un último grupo nómada, venido también del norte: los aztecas o mexicas. Procedentes del mítico Chicomóztoc, habían sido aventajados en el tiempo por otros grupos que, como los tlaxcaltecas y huexotzincas, habían atravesado las sierras para ir a situarse más allá de los volcanes en las cercanías de Cholula, en el valle de Puebla. Del mismo *Códice matritense* proviene el siguiente texto acerca de la peregrinación de los aztecas. Huitzilopochtli,

su numen tutelar, era quien les venía hablando e indicando el camino.

Fuente: *Ibidem*, f. 196v-197r.

—Yo os iré sirviendo de guía,
yo os mostraré el camino.

En seguida, los aztecas comenzaron a venir hacia acá,
existen, están pintados,
se nombran en lengua azteca
los lugares por donde vinieron pasando los mexicas.
Y cuando vinieron los mexicas,
ciertamente andaban sin rumbo,
vinieron a ser los últimos.

Al venir,
cuando fueron siguiendo su camino,
ya no fueron recibidos en ninguna parte.
Por todas partes eran reprendidos.

Nadie conocía su rostro.
Por todas partes les decían:
“¿Quiénes sois vosotros?
¿De dónde venís?”

Así en ninguna parte pudieron establecerse,
sólo eran arrojados,
por todas partes eran perseguidos.
Vinieron a pasar a Coatépec,
vinieron a pasar a Tollan,
vinieron a pasar a Ichpuchco,
vinieron a pasar a Ecatépec,
luego a Chiquiuhpetitlan.
En seguida a Chapultépec,
donde vino a establecerse mucha gente.

Y ya existía señorío en Azcapotzalco,
en Coatlinchan,
en Culhuacan,
pero México no existía todavía.
Aún había tulares y carrizales,
donde ahora es México. ♦

[8] Los aztecas en México-Tenochtitlan

Después de una serie de peripecias y sufrimientos, perseguidos por los culhuacanos, llegaron los aztecas en 1325 al islote de Tenochtitlan. La *Crónica mexicáyotl* ofrece el siguiente texto en el que se pinta el hallazgo tantas veces buscado del águila devorando la serpiente, símbolo anhelado que mostraba ser ése el punto final de la larga peregrinación.

Fuente: *Crónica mexicáyotl*, escrita en náhuatl por don Fernando Alvarado Tezozómoc, México, Imprenta Universitaria, Instituto de Historia, 1949, p. 66.

Llegaron entonces
allá donde se yergue el nopal.
Cerca de las piedras vieron con alegría
cómo se erguía un águila sobre aquel nopal.
Allí estaba comiendo algo,
lo desgarraba al comer.

Cuando el águila vio a los aztecas,
inclinó su cabeza.
De lejos estuvieron mirando el águila,
su nido de variadas plumas preciosas.
Plumas de pájaro azul,
plumas de pájaro rojo,
todas plumas preciosas,
también estaban esparcidas allí

cabezas de diversos pájaros,
garras y huesos de pájaros. ♦

[9] La lucha por la independencia de los aztecas

Establecidos ya los aztecas en México-Tenochtitlan, habrían de pasar todavía poco más de cien años antes de que lograran su plena independencia, principio de su grandeza. Su primer rey o *tlatoni*, de origen culhuacano, fue Acamapichtli. Durante su gobierno y el de su hijo Huitzilíhuitl, los aztecas se dedicaron a edificar su ciudad. Junto con esto se afanaban también por pagar los tributos exigidos por los de Azcapotzalco, en cuyos límites quedaba comprendido el islote de México-Tenochtitlan.

Durante el reinado de Chimalpopoca, tercer gobernante de los aztecas, iba a iniciarse la lucha definitiva en contra de los dominadores tecpanecas. Dueño Maxtlatzin del trono de Azcapotzalco, concibió éste la idea de suprimir a los aztecas, obligándolos a mezclarse con la gente de Azcapotzalco, para hacerlos perder su identidad como pueblo.

Fuente: *Ibidem*, p. 106.

Mucho se afligían cuando oían,
cuando se les decía
que los tecpanecas de Maxtlatzin,
harían perecer,
rodearían al son de guerra,
a los aztecas. ♦

[10] Victoria sobre los tepanecas

Asesinado el señor azteca Chimalpopoca, le sucedió en el mando en tan críticas circunstancias Itzcóatl. Gracias a él y a otras tres figuras extraordinarias, México-Tenochtitlan no sólo iba a hacer frente a la agresión tecpaneca, sino que al fin iba a lograr su independencia. Los tres personajes que colaboraron con Itzcóatl

en esta empresa fueron: Netzahualcóyotl, heredero del trono de Texcoco, quien luchaba también por la independencia de la tierra de sus padres; Motecuhzoma Ilhuicamina y Tlacaélel, jóvenes guerreros, sobrinos del rey Itzcóatl. Un texto tomado de las relaciones de Chimalpáin resume así el triunfo de los aztecas sobre sus vecinos de Azcapotzalco.

Fuente: Diego Francisco de San Antón Muñón Chimalpáin Cuauhtlehuauitzin, *Annales de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáin Quauhtlehuauitzin: sixième et septième relations*, edición y traducción de Rémi Siméon, París, Maisonneuve et Ch. Leclerc, 1889.

Vencieron a los tepanecas en Azcapotzalco,
a los de Coyoacan y Xochimilco
y a la gente de Cuitláhuac.

Fue Tlacaélel quien levantándose,
combatió primero, e hizo conquistas.
Y así sólo vino a aparecer,
porque nunca quiso ser gobernante supremo
en la ciudad de México-Tenochtitlan,
pero de hecho a ella vino a mandar,
vivió en la abundancia y la felicidad. ♦

[11] Los principios del esplendor azteca

La victoria sobre Azcapotzalco fue sin duda el principio de la grandeza azteca. A la victoria siguieron la organización de la triple alianza con Texcoco y Tacuba; la repartición de títulos y tierras a los guerreros y vencedores; el principio de una nueva visión de la historia, ya que se quemaron los antiguos códices, para pintar otros nuevos, exaltando en ellos el poderío azteca y, sobre todo, la confianza en la misión divina que iba a hacer de los aztecas el pueblo elegido del sol. Testimonio de la exaltación azteca es el siguiente himno en el que se proclama su gloria.

Proviene el texto de la *Colección de Cantares Mexicanos* de la Biblioteca Nacional de México.

Fuente: *Colección de Cantares Mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 19v-20r.

Desde donde se posan las águilas,
desde donde se yerguen los tigres,
el Sol es invocado.

Como un escudo que baja,
así se va poniendo el Sol.
En México está cayendo la noche,
la guerra merodea por todas partes,
¡oh Dador de la vida!
se acerca la guerra.

Orgullosa de sí misma
se levanta la ciudad de México-Tenochtitlan.
Aquí nadie teme la muerte en la guerra.
Ésta es nuestra gloria.
Éste es tu mandato.

¡Oh, Dador de la vida!
Tenedlo presente, oh príncipes,
no lo olvidéis.
¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?
¿Quién podrá conmovier los cimientos del cielo...?

Con nuestras flechas,
con nuestros escudos,
está existiendo la ciudad.
¡México-Tenochtitlan subsiste! ♦

[12] Las conquistas del Pueblo del Sol: el *tlacatécatl*

Muerto el rey Itzcóatl hacia el año de 1439, le sucedió en el mando Moctezuma Ilhuicamina. Durante su largo reinado de 29 años y contando siempre con el consejo de su medio hermano el sabio Tlacaélel, su obra consistió en ensanchar los dominios y aumentar la riqueza del Pueblo del Sol. Conquistados ya anteriormente los señoríos más cercanos, los ejércitos aztecas se lanzaron sobre la gente de Tepeaca, sobre los huastecos y mixtecos de Coaxtláhuac. Gracias a las conquistas y la creciente pujanza de los gremios de pochtecas o comerciantes, empezaron a fluir a la capital azteca toda clase de tributos. El siguiente texto, tomado del *Códice matritense*, habla de la importancia concedida por los aztecas a la guerra. Unas veces se trataba de las célebres guerras floridas destinadas a obtener víctimas para conservar la vida del sol y otras de guerras de conquista y de dominación de carácter económico. He aquí la descripción del *tlacatecuhtli*, "el comandante de hombres", y del *tlacohcácatl*, "señor de la casa de las flechas".

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, f. 115v.

El Tlacatécatl: comandante de hombres,
el Tlacohcácatl: señor de la casa de las flechas,
jefe de águilas,
que habla su lengua.
Su oficio es la guerra que hace cautivos,
gran águila y gran tigre.

Águila de amarillas garras
y poderosas alas,
rapaz,
operario de la muerte.

El genuino Tlacatécatl,
el Tlacohcácatl: señor de la casa de las flechas,

instruido, hábil,
de ojos vigilantes, dispone las cosas,
hace planes, ejecuta la guerra sagrada.
Entrega las armas, las rige,
dispone y ordena las provisiones,
señala el camino, inquiera acerca de él,
sigue sus pasos al enemigo.
Dispone las chozas de guerra,
sus casas de madera,
el mercado de guerra.
Busca a los que guardarán los cautivos,
escoge los mejores.
Ordena a los que aprisionarán a los hombres,
disciplinados, conscientes de sí mismos.
Da órdenes a su gente,
les muestra
por dónde saldrá nuestro enemigo. ♦

[13] Tloque Nahuaque: dos formas de pensamiento y religión entre los aztecas

A Moctezuma Ilhuicamina, lo sucedieron Axayácatl, Tízoc y Ahuítzotl. Durante su gobierno el poderío del pueblo del Sol siguió aumentando. Para fines del siglo XV, los comerciantes y los ejércitos aztecas llegaron por una parte hasta Xicalanco, en las costas del Golfo y por otra hasta Chiapas y Guatemala. México-Tenochtitlan se había transformado. Había en ella grandes templos y palacios, grandes mercados, centros de educación, los *calmécac* y *telpochcalli*, donde se transmitía el legado cultural del mundo náhuatl.

En medio de ese esplendor florecieron dos formas de pensamiento hasta cierto punto distintas. Por una parte, estaban las ideas religiosas del pueblo dominador, el escogido de los dioses para mantener por medio de la guerra y de los sacrificios humanos la vida del Sol. Por otra, algunos sabios

se esforzaban por dar nueva vida a la antigua visión del mundo, heredada de los toltecas. Las antiguas ideas de Quetzalcóatl acerca de un dios supremo, que había de ser buscado por el camino de la meditación y del símbolo, aparecían en pugna con la visión místico-militarista de manifiesto sentido dominador.

A continuación transcribimos, tomados del Manuscrito de Cantares Mexicanos, dos de los himnos en honor del supremo dios, Tloque-Nahuaque, "el Dueño del cerca y del junto", adorado desde los tiempos toltecas.

Fuente: *Ms. Cantares Mexicanos*, f. 12v.

Tú, Dueño del cerca y del junto,
aquí te damos placer,
junto a ti nada se echa de menos,
¡oh Dador de la vida!

Sólo como a una flor nos estimas,
así nos vamos marchitando, tus amigos.
Como a una esmeralda,
tú nos haces pedazos.
Como a una pintura,
tú así nos borras.
Todos se marchan a la región de los muertos,
al lugar común de perdernos.
¿Qué somos para ti, oh Dios?
Así vivimos.
Así, en el lugar de nuestra pérdida,
así nos vamos perdiendo.
Nosotros los hombres,
¿adónde tendremos que ir?

Por esto lloro,
porque tú te cansas,
¡oh Dador de la vida!
Se quiebra el jade,

se desgarrar el quetzal.
Tú te estás burlando.
Ya no existimos.
¿Acaso para ti somos nada?
Tú nos destruyes,
tú nos haces desaparecer aquí.

Pero repartes tus dones,
tus alimentos, lo que da abrigo,
¡oh Dador de la vida!
Nadie dice, estando a tu lado,
que viva en la indigencia.
Hay un brotar de piedras preciosas,
hay un florecer de plumas de quetzal,
¿son acaso tu corazón, Dador de la vida?
Nadie dice estando a tu lado,
que viva en la indigencia. ♦

[14] La religión del Pueblo del Sol

Punto central del pensamiento religioso azteca era la idea de preservar por medio de los sacrificios la vida del Sol. De acuerdo con el antiguo mito de las edades o soles, cuatro mundos, cuatro formas de vida, habían existido en épocas anteriores. Todos esos mundos con sus respectivos soles habían terminado en forma violenta. Al crearse el quinto sol de Teotihuacan, los dioses se habían sacrificado y con su sangre habían hecho posible la nueva existencia. Por esto mismo, con sangre era menester alimentar al Sol y a los dioses para evitar el posible cataclismo que pusiera fin a la quinta edad. A través de todo el año de 365 días, se celebraban diversas formas de sacrificio, entre las que se contaban los sacrificios de seres humanos. No debe pensarse, sin embargo, que el sacrificio humano fuera la forma única de rito impetratorio a los dioses. En el *Códice matritense* se describen otras 52 formas de ritos, entre los que estaban las danzas, los toques de flauta, el

ofrecimiento de aves, de retoños, los autosacrificios con espinas, la abstinencia, el ofrecimiento del fuego, etcétera. Numerosos sacerdotes, de muy distintas categorías, eran quienes tenían a su cargo el ritual sagrado. Se ofrecen a continuación tres textos que describen otros tantos ritos.

Fuente: *Códice matritense del Palacio Nacional*, f. 254v.

Ofrenda de fuego. Así se hacía la ofrenda de fuego: con un sahumador hecho de barro, con sonajas. Allí colocaban brasas, en el sahumador apoyaban las brasas, cuando ya las apoyaron, enseguida colocan copal, y vienen a salir ante la figura del dios, o en medio del patio donde están los braseros hechos de barro. Y cuando venían a estar ante la figura del dios, entonces hacia los cuatro rumbos [del universo] ofrecían el sahumador, con lo cual va éste humeando. Y cuando hacia los cuatro rumbos hicieron su ofrenda, entonces colocan [las brasas] en los braseros. Allí queda humeando el copal. ♦

Fuente: *Ibidem*, f. 255r.

Muerte sacrificial. Así se hacía la muerte sacrificial: con ella muere el cautivo y el esclavo, se llamaba [éste] “muerto divino”. Así lo subían delante del dios, lo van cogiendo de sus manos y el que se llamaba colocador de la gente lo acostaba sobre la piedra del sacrificio.

Y habiendo sido echado en ella, cuatro hombres lo estiraban de sus manos y pies. Y luego, estando tendido se ponía allí el sacerdote que ofrecía el fuego, con el cuchillo con el que abrirá el pecho al sacrificado. Después de haberle abierto el pecho, le quitaba primero su corazón, cuando aún estaba vivo, al que le había abierto el pecho. Y tomando su corazón, se lo presentaba al Sol. ♦

Fuente: *Ibidem*, f. 257v.

Cómo servían al Sol a diversas horas del día y de la noche. Cada día al salir el Sol era hecho sacrificio de codornices y ofrecimiento de incienso. Y así se sacrificaba a las codornices: les cortaban el cuello, las levantaban

en ofrenda al Sol, lo saludaban, le decían: “Ha salido el Sol, el que hace el calor, el niño precioso, águila que asciende, ¿cómo seguirá su camino?, ¿cómo hará el día?, ¿acaso algo sucederá en nosotros, su cola, su ala?”

Le decían: “Dígnate hacer tu oficio y cumplir con tu misión, señor nuestro”. Y esto se decía cada día cuando salía el Sol.

Y cómo se ofrecía el incienso: cuatro veces en el día y cinco veces en la noche. Primera vez cuando el Sol está ya fuera. Segunda, cuando es la hora de la comida. La tercera, cuando está el Sol a la mitad. Y la cuarta cuando está ya a punto de meterse.

Y durante la noche en esta forma hacían el ofrecimiento de incienso: primera vez al anochecer; segunda, a la hora de acostarse; tercera, al toque de flauta; cuarta, a la media noche, y quinta, cerca del alba.

Y cuando anochecía ofrecían incienso, saludaban a la noche, le decían: “Ha venido a extenderse el Señor de la noche, el de nariz puntiaguda y ¿cómo resultará su oficio?” ♦

[15] La educación en el México antiguo

La educación en el mundo náhuatl prehispánico comenzaba desde el hogar. Se conservan así varios discursos o exhortaciones repetidas por los padres y madres a sus hijos al llegar éstos a la edad de discreción. En esos discursos se inculcaban los antiguos principios morales y religiosos heredados desde los tiempos toltecas. Transcribiremos a continuación un fragmento de una de esas pláticas, vertido al castellano y proveniente del *Códice florentino*.

Fuente: *Códice florentino*, en Bernardino de Sahagún, *General History of the Things of New Spain: Florentine Codex*, 13 v., edición de Charles Dibble y J. O. Anderson, Santa Fe (Nuevo México), 1950-1982, lib. VI, cap. XVII, f. 74v y s.

Aquí estás, mi hijita, mi collar de piedras finas, mi plumaje de quetzal, mi hechura humana, la nacida de mí. Tú eres mi sangre, mi color, en ti está mi imagen.

Ahora recibe, escucha: vives, has nacido, te ha enviado a la tierra el Señor Nuestro, el Dueño del cerca y del junto, el hacedor de la gente, el inventor de los hombres.

Ahora que ya miras por ti misma, date cuenta. Aquí es de este modo: no hay alegría, no hay felicidad. Hay angustia, preocupación, cansancio. Por aquí surge, crece el sufrimiento, la preocupación.

Aquí en la tierra es lugar de mucho llanto, lugar donde se rinde el aliento, donde es bien conocida la amargura y el abatimiento. Un viento como de obsidias sopla y se desliza sobre nosotros.

Dicen que en verdad nos molesta el ardor del sol y del viento. Es este lugar donde casi parece uno de sed y de hambre. Así es aquí, en la tierra.

Oye bien, hijita mía, niñita mía: no es lugar de bienestar en la tierra, no hay alegría, no hay felicidad. Se dice que la tierra es lugar de alegría penosa, de alegría que punza.

Así andan diciendo los viejos: para que no siempre andemos gimiendo, para que no estemos llenos de tristeza, el Señor Nuestro nos dio a los hombres la risa, el sueño, los alimentos, nuestra fuerza y nuestra robustez y finalmente el acto sexual, por el cual se hace siembra de gentes.

Todo esto embriaga la vida en la tierra, de modo que no se ande siempre gimiendo. Pero, aun cuando así fuera, si saliera verdad que sólo se sufre, si así son las cosas en la tierra, ¿acaso por esto se ha de estar siempre con miedo? ¿Hay que estar siempre temiendo? ¿Habrá que vivir llorando?

Porque se vive en la tierra, hay en ella señores, hay mando, hay nobleza, águilas y tigres. ¿Y quién anda diciendo siempre que así es en la tierra? ¿Quién anda tratando de darse la muerte? Hay afán, hay vida, hay lucha, hay trabajo. Se busca mujer, se busca marido. ♦

Más tarde, al llegar el niño a los 9 o 10 años de edad, era enviado a los centros de educación. Eran éstos, los *telpochcalli*, "casa de jóvenes" y los *calmécac*, "hilera de casas". En los *telpochcalli* se preparaba a la gran mayoría de los jóvenes, poniendo especial cuidado en su capacitación como guerreros. Los *calmécac* eran centros de educación superior, donde se transmitían los conocimientos más elevados de la antigua cultura. Se sabe finalmente que existían también las *cuicacalli*, donde

se enseñaba el canto, la danza y la música. Quienes en esas diversas formas de escuelas transmitían sus conocimientos eran los sacerdotes y sabios. El siguiente texto del *Códice matritense* describe la figura del sabio náhuatl en su función de maestro.

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, v. VIII, f. 118r.

Maestro de la verdad,
no deja de amonestar.
Hace sabios los rostros ajenos,
hace a los otros tomar una cara,
los hace desarrollarla.
Les abre los oídos, los ilumina.
Es maestro de guías,
les da su camino,
de él uno depende.

Pone un espejo delante de los otros,
los hace cuerdos y cuidadosos,
hace que en ellos aparezca una cara.

[...]

Gracias a él, la gente humaniza su querer,
y recibe una estricta enseñanza.
Hace fuertes los corazones,
conforta a la gente,
ayuda, remedia, a todos atiende. ♦

A continuación se ofrecen dos textos, el primero tomado del *Huehuetlatolli A*, acerca de las enseñanzas que se impartían en los *telpochcalli* y el segundo del *Códice florentino*, sobre lo que constituía la enseñanza de carácter intelectual en los *calmécac*.

Fuente: *Huehuetlatolli*, documento A, publicado y traducido por Ángel María Garibay K., *Tlalocan*, v. I, n. 2, p. 98.

Cuando han comido
comienzan otra vez a enseñarles:
a unos cómo usar las armas,
a otros cómo cazar,
cómo hacer cautivos en la guerra,
cómo han de tirar la cerbatana,
o arrojar la piedra.

Todos aprendían a usar
el escudo, la macana,
cómo lanzar el dardo y la flecha
mediante la tiradora y el arco.
También cómo se caza con la red
y cómo se caza con cordeles.
Otros eran enseñados en las variadas artes
de los toltecas [...]. ♦

Fuente: *Códice florentino*, lib. III, p. 65.

Se les enseñaban cuidadosamente
los cantares,
los que llamaban cantos divinos;
se valían para esto de las pinturas de los códices.
Les enseñaban también la cuenta de los días,
el libro de los sueños
y el libro de los años [los anales]. ♦

[16] El arte en el mundo náhuatl

Los pueblos de cultura náhuatl, entre los que se cuentan los aztecas, los texcocanos, los tlaxcaltecas y otros más dejaron entre su valiosa herencia cultural incontables creaciones designadas hoy técnicamente como “piezas de arte arqueológico”. Numerosos estudios existen acerca de las mismas. Pero, quizá el mejor camino para acercarse a ellas sea conociendo

los textos indígenas en los que los sabios antiguos expresaron sus propias ideas acerca del sentido más hondo de lo que hoy llamamos su arte. La traducción de algunos de esos textos, provenientes en su mayoría del *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, permitirá entrever la forma como concibieron los antiguos mexicanos el proceso creador del artista, así como la razón de ser y el significado simbólico de sus obras.

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, f. 115v.

Toltécatl: *el artista*

El artista: discípulo, abundante, múltiple, inquieto.
El verdadero artista: capaz, se adiestra, es hábil;
dialoga con su corazón, encuentra las cosas con su mente.

El verdadero artista todo lo saca de su corazón;
obra con deleite, hace las cosas con calma, con tiento,
obra como un tolteca, compone cosas, obra hábilmente, crea;
arregla las cosas, las hace atildadas, hace que se ajusten.

El torpe artista: obra al azar, se burla de la gente,
opaca las cosas, pasa por encima del rostro de las cosas,
obra sin cuidado, defrauda a las personas, es un ladrón. ♦

Fuente: *Ibidem*, f. 117v.

Tlahcuilo: *el pintor*

El pintor: la tinta negra y roja,
artista, creador de cosas con el agua negra.
Diseña las cosas con el carbón, las dibuja,
prepara el color negro, lo muele, lo aplica.
El buen pintor: entendido, dios en su corazón,

diviniza con su corazón a las cosas,
dialoga con su propio corazón.

Conoce los colores, los aplica, sombrea;
dibuja los pies, las caras,
traza las sombras, logra un perfecto acabado.

Todos los colores, los aplica a las cosas,
como si fuera un tolteca,
pinta los colores de todas las flores.

El mal pintor: corazón amortajado,
indignación de la gente, provoca fastidio,
engañador, siempre anda engañando.

No muestra el rostro de las cosas,
da muerte a sus colores,
mete a las cosas en la noche.

Pinta las cosas en vano,
sus creaciones son torpes, las hace el azar,
desfigura el rostro de las cosas. ♦

Fuente: *Ibidem*, f. 124r.

Zuquichihqui: *el alfarero*

El que da un ser al barro:
de mirada aguda, moldea,
amasa el barro.

El buen alfarero:
pone esmero en las cosas,
enseña al barro a mentir,
dialoga con su propio corazón,
hace vivir a las cosas, las crea,

todo lo conoce como si fuera un tolteca,
 hace hábiles sus manos.
 El mal alfarero:
 torpe, cojo en su arte,
 mortecino. ♦

[17] El interés náhuatl por la historia y por el arte de medir el tiempo

Un último documento, procedente del *Libro de los coloquios* daremos aquí. En él se muestra lo que cabe llamar el interés náhuatl por conservar el recuerdo de su pasado y por medir con precisión la marcha del tiempo. Transcribimos las palabras pronunciadas por un grupo de indígenas principales que respondieron así a los doce primeros frailes venidos a la Nueva España, en los diálogos memorables que tuvieron con ellos en 1524, en el convento de San Francisco de la ciudad de México. Al ver criticada por los frailes su antigua forma de vida, responden los indios que en sus tiempos pasados ellos tenían sus maestros y guías, hombres dedicados a observar el movimiento de los astros, poseedores de los antiguos libros de pinturas donde se conservaba la historia y guardianes celosos del calendario.

Fuente: *Libro de los coloquios* (Diálogos entre los doce primeros frailes venidos a la Nueva España y los sabios indígenas en 1524). Véase edición de Walter Lehmann, Stuttgart, 1949, p. 97.

Mas, señores nuestros
 hay quienes nos guían,
 nos gobiernan, nos llevan a cuestas.

[...]

Los que ven, los que se dedican a observar
 el curso y el proceder ordenado del cielo,
 cómo se divide la noche.

Los que están mirando [leyendo], los que cuentan
 [o refieren lo que leen].

Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices.

Los que tienen en su poder la tinta negra y roja
[la sabiduría] y lo pintado,
ellos nos llevan, nos guían, nos dicen el camino.
Quienes ordenan cómo cae un año,
cómo sigue su camino la cuenta de los destinos y los días y
cada una de las veintenas [los meses].
De esto se ocupan, a ellos les toca hablar de los dioses. ♦

[18] Organización sociopolítica

Para describir la estructura sociopolítica del mundo náhuatl, se atenderá aquí fundamentalmente al periodo del esplendor azteca, a partir de 1428, del que se conservan mayor número de documentos.

Dos clases sociales, perfectamente diferenciadas, había entre los nahuas del siglo XV y XVI. Por una parte los *pipiltin* o nobles, emparentados con antiguas familias de linaje tolteca, y por otra los *macehualtin* o gente del pueblo. Los primeros, que recibían de ordinario una educación más esmerada, poseían tierras en forma individual, ejercían los más elevados cargos públicos y religiosos y únicamente de entre ellos podía ser electo el rey o *tlatoani*. Los *macehualtin* formaban linajes de gente emparentada entre sí con una determinada ubicación y con tierras poseídas en forma comunal.

Entre los *macehualtin* o gente del pueblo se formaron poco a poco diversas organizaciones o gremios, principalmente de comerciantes, artesanos y artistas. Los *macehualtin* estaban obligados a prestar trabajos de carácter comunal, engrosaban las filas del ejército y en algunas ocasiones trabajaban, como *mayeques*, la tierra en beneficio de otros. De los *macehualtin* procedían también los esclavos, que lo eran casi siempre por un periodo de tiempo limitado y que en realidad no constituían una clase social aparte.

El gran *tlatoani*, persona noble descendiente del antiguo monarca Acamapichtli, era auxiliado en sus funciones por

el *cihuacóatl*, especie de primer ministro que, participando en las decisiones del *tlatoani*, venía a constituir con él la representación del supremo dios dual en el gobierno del estado. Como auxiliares inmediatos en el gobierno existían los varios consejos con sus respectivos jefes en los campos judicial, militar, económico y educativo, sin olvidar el papel importantísimo de los jerarcas religiosos, precedidos también por dos supremos sacerdotes.

Esto, que constituía, por así decirlo, el núcleo de la estructura sociopolítica del mundo náhuatl, supone la existencia de un sinnúmero de funcionarios locales que desempeñaban sus correspondientes puestos en los diversos barrios o *calpulli*, así como en las ciudades aliadas o sometidas por los aztecas.

No siendo posible aquí entrar en mayores detalles, se ofrecen a continuación varios textos que describen la figura ideal del *tlatoani*, de los *pipiltin* o nobles y del importantísimo papel que desempeñaban los jueces y comerciantes.

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, v. VIII, f. 111r.

Tlatoani: el gobernante supremo

El *tlatoani* cubre con su sombra, protege,
es como una ceiba frondosa, como un ahuehuete.

Tiene valor, autoridad,
es afamado, honrado,
tiene nombre, tiene fama.

El buen *tlatoani*
lleva su carga en la espalda, en su regazo,
tiene a su cargo las cosas del pueblo.

Él convoca, reúne a la gente.

Obra como Señor,
es hombre responsable,
lleva a cuestras las cosas del pueblo,
las lleva en su regazo,

gobierna: es obedecido.
Bajo su sombra, su protección,
viene a colocarse la gente.
Él preside, sostiene al pueblo. ♦

Fuente: *Ibidem*, f. 111v.

El ideal de los pipiltin o nobles

El hombre noble: tiene corazón recto,
cosa preciosa es su corazón,
noble su forma de vida.
Él protege y cuida a la gente,
es cuidadoso, hábil,
de todo se ocupa, trabaja.
Es varón, recto y bueno,
es verdaderamente un hombre.
Tiene corazón verdadero,
su manera de vivir es recta, digna,
es un sabio, es hombre hábil. ♦

Fuente: *Códice florentino*, texto náhuatl publicado por Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, Santa Fe, School of American Research, 1954, f. VIII, p. 54.

Los jueces elegidos por el tlatoani

Así instalaba en su oficio,
escogía el *tlatoani* a los jueces:
a los sabios cuidadosos,
gente prudente,
capaces de escuchar con cuidado,
gente capaz de hablar,
capaz de prestar atención a las cosas,
a los que no hablaban con ligereza ni continuamente,

a los que no hacían amistades inconsideradamente,
a personas sobrias, a quienes eran capaces de conservar
su dignidad,
a quienes estaban siempre alertas,
a quienes no obraban [juzgaban] por mera amistad,
por parentesco, o por odio,
a quienes no juzgaban u oían por ser recompensados. ♦

Fuente: *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*,
v. VIII, f. 124.

El pochtécatl o comerciante

El *pochtécatl*: traficante, vendedor,
hace préstamos, hace contratos,
acumula riquezas, las multiplica.
El buen comerciante,
es viajero, caminante,
obtiene ganancias,
encuentra lo que busca,
es honrado. ♦

Leyes y ordenanzas de México-Tenochtitlan

La estructura sociopolítica del mundo azteca adquirió una configuración propia, a partir del triunfo de los mexicas sobre sus antiguos dominadores de Azcapotzalco. Fue el *tlatoani* Motecuhzoma Ilhuicamina quien promulgó, poco tiempo después de su elección, una serie de leyes y ordenanzas que vinieron a ser de fundamental importancia en la vida de México-Tenochtitlan y de los territorios dominados.

El texto que aquí se transcribe proviene de la *Historia de las Indias de Nueva España*, de fray Diego de Durán. Como se sabe, Durán, al redactar su *Historia*, pudo aprovechar códigos y testimonios indígenas, cuyos originales hoy día se han perdido.

En este sentido su *Historia* debe considerarse como fuente de primerísima mano, basada en el testimonio directo de indígenas sobrevivientes.

Fuente: fray Diego de Durán, *Historia de las Indias de Nueva España, y Islas de Tierra Firme*, 2a. edición, 2 v., México, Editora Nacional, 1951, t. I, p. 214-217.

Aunque la corte real de México estaba en policía, orden y concierto, y se vivía con gran crianza y temor y con gran cuidado de que no hubiese males ni desorden, quiso y fue la voluntad del rey que hubiese ordenanzas y leyes y premáticas particulares, por donde los demás reyes se rigiesen y gobernasen, dejando ordenado lo que en adelante se había de guardar, las condiciones y maneras de vivir que cada uno en su estado había de guardar y cumplir, ordenando su república cuanto mejor fue posible, conforme a sus antiguas costumbres. Y para mejor ordenar esto tuvo su consejo con los grandes de su corte, o por mejor decir, hizo cortes y junta general de todos los grandes de su reino y de todas las provincias comarcanas, con los cuales se ordenó la honra, el respeto, el temor, la reverencia que se había de tener a los reyes y luego a los grandes señores [...].

Y así, lo primero que se ordenó, fue que los reyes nunca saliesen en público, sino a cosas muy necesarias y forzosas. Que sólo el rey se pusiese corona de oro en la cabeza, en la ciudad, y que en la guerra, todos los grandes señores y valientes capitanes se la pudiesen todos poner, y fuera de allí, no. Los cuales en la guerra representaban la persona real, y así podían en la guerra ponerse coronas de oro e insignias reales. Ordenose que sólo el rey y su coadjutor Tlacaélel pudiesen traer zapatos en la casa real y que ningún grande entrase calzado en palacio, so pena de la vida, y sólo ellos pudiesen traer zapatos por la ciudad, y ningún otro, so pena de la vida. Excepto los que hubiesen hecho alguna valentía en la guerra, a los cuales, por su valor y señal de valientes, les pudiesen permitir a traer unas sandalias de las muy comunes y baladíes, porque las doradas y pintadas sólo los grandes las podían traer.

También se determinó que sólo el rey pudiese traer las mantas galanas de labores y pinturas de algodón e hilo de diversos colores y plumería, do-

radas y labradas con diversas labores y pinturas y diferenciarlas cuando a él le pareciese, sin haber excepción en traer y usar las mantas que él quisiese. Y los grandes señores, que eran hasta doce, las mantas de tal y tal labor y hechura, y los de menos valía, como hubiesen hecho tal o tal valentía o hazaña, otras diferentes. Los soldados, de otra de menor labor y hechura, no pudiendo usar de otra preciosa labor ni diferencia, más de aquella que allí se le señalaba con sus ceñidores y bragueros, que aludían y seguían la hechura de la manta que les era permitida.

Toda la demás gente, so pena de la vida, salió determinado que ninguno usase de algodón, ni se pusiese otras mantas, sino de henequén, y que estas mantas no pasasen más de cuanto cubriesen la rodilla, y si alguno la trajese que llegase a la garganta del pie, fuese muerto, salvo si no tuviese alguna señal en las piernas de herida que en la guerra le hubiesen dado. Y así, cuando topaban alguno que traía la manta más larga de lo que la premática ordenaba, luego le miraban las piernas, si tenía alguna señal de herida que en la guerra le hubiesen dado, y no hallándosela le mataban. Y si la tenía, le dejaban y se la permitían para cubrir la herida que por valiente le habían dado en las piernas. Y decían, que pues no huyó el pie a la espada, que era justo con aquella la galardonasen y fuesen aquellas piernas honradas.

Salió ordenado que ninguno fuese osado a edificar casa con altos, sino sólo los grandes señores y valientes capitanes, so pena de la vida. Y que ninguno osase poner jacaes puntiagudos ni chatos ni redondos en sus casas, sino sólo los grandes señores, so pena de la vida, porque aquéllos eran particular grandeza y merced de los señores, concedida de lo alto por los dioses a sólo ellos.

Salió determinado que sólo los grandes señores pudiesen usar de bezotes de oro y de piedras preciosas y de orejeras y nariceras de oro y de piedras ricas, y no otros, excepto que los valientes hombres, capitanes y soldados de valor y estima podían traer bezotes y orejeras y nariceras de hueso, o de palo, o de otra materia baja y no preciosa.

Ítem, que sólo el rey y los reyes de las provincias y grandes señores pudiesen usar de brazaletes de oro y de calcetas de oro a las gargantas de los pies, y ponerse en los bailes cascabeles de oro a los pies y guirnaldas y cintas de oro a la cabeza con plumas, a la manera que ellos quisiesen y no

otros. A éstos les fue concedido sacar cadenas de oro al cuello y joyeles de oro y piedras de rica hechura y usar piedras que ellos llaman chalchihuites y no otros.

A los demás valientes hombres, que no entraban en el número de los grandes señores, les daban licencia para usar de guirnaldas baladíes y para ponerse plumas de águila en la cabeza y de guacamayas y de otras plumas bastas y baladíes y para ponerse collares de huesos, como eran de caracoles pequeñitos, de veneras pequeñitas y de huecesuelos de culebras y de piedrecillas baladíes, las cuales pulían y pintaban y labraban de tal suerte, que parecían muy bien y estaban muy galanas.

Salió ordenado que en la casa real hubiese diversas salas donde se juntasen diferentes estados de gentes, y que, so pena de la vida, ninguno fuese osado a entrar ni revolverse con los grandes señores, sino que cada uno acudiese a la sala de los de su igual.

Ordenose que hubiese justicias a quienes acudiesen en los pleitos y quejas y agravios. Después de los oidores, que eran del supremo consejo, ordenaron que hubiese alcaldes de corte y alcaldes ordinarios, corregidores y alguaciles y regidores, y que ninguno de éstos pudiese sentenciar a muerte sin dar parte al rey. El cual había de dar la sentencia de que muriese o no. Que hasta en esto quisieron ser como dioses.

Ordenaron que hubiese en todos los barrios escuelas y recogimientos de mancebos donde se ejercitasen en religión y buena crianza, en penitencia y aspereza y en buenas costumbres y en ejercicios de guerra y en trabajos corporales, en ayunos y en disciplinas y en sacrificarse, en velar de noche. Y que hubiese maestros y hombres ancianos que los reprendiesen y corrigiesen y castigasen y mandasen y ocupasen en cosas de ordinarios ejercicios y que no los dejasen estar ociosos, ni perder tiempo, y que todos estos mozos guardasen castidad, con grandísimo rigor, so pena de la vida.

También pusieron rigurosa ley a los adúlteros, que fuesen apedreados y echados en los ríos o a las auras. A los ladrones que fuesen vendidos por el precio del hurto que hiciesen, excepto si el hurto era grave y muchas veces cometido, porque los tales tenían pena de muerte.

Dieron grandes privilegios y exenciones a los que quisiesen seguir la religión y a los templos de los dioses, y a los sacerdotes grandes preeminencias y autoridad y reverencia. Y dice la historia en este lugar, que este

Motecuhzoma, primero de este nombre, quedó tan glorioso y tan pujante y con tanto señorío y en tanta opinión de los hombres, por tan discretas leyes y ordenanzas, que lo tenían más por divino que humano. Y decían que aquello que había ordenado había sido más ordenación de los dioses que no de hombre de la tierra, pues había causado tanto bien en aquella república y en todas las demás. Pues luego se pregonó aquel edicto y mandato por todas las provincias y ciudades, villas y lugares, para que se guardasen y cumpliesen sin ninguna violación, como cosas maravillosas y necesarias a la conservación de todas las repúblicas, como centellas salidas del divino fuego que el gran rey Motecuhzoma tenía sembradas en su pecho para la entera salud de su reino [...]. ♦

